

DIANA
GABALDON



ESCRITO
CON LA SANGRE
DE MI CORAZÓN



Diana Gabaldon
ESCRITO CON LA SANGRE
DE MI CORAZÓN

Traducción de Montse Triviño y María José Díez

Título original: *Written in my Own Heart's Blood*

© Diana Gabaldon, 2014

Publicado de acuerdo con el autor c/o Baror International, Inc., Armonk, New York, EE.UU.

© por la traducción, Montse Triviño y María José Díez, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2015

ISBN: 978-84-08-13837-2

Depósito legal: B. 2.745-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

SUMARIO

Prólogo

7

Primera parte:

NEXO

1. Cuatro arrobas de piedras	11
2. Bastardo asqueroso	14
3. En el que las mujeres, como de costumbre, sacan las castañas del fuego	15
4. No hagas preguntas cuyas respuestas no quieres escuchar	23
5. Las pasiones de los jóvenes	28
6. Bajo mi protección	33
7. Las consecuencias no planeadas de acciones poco meditadas	49
8. <i>Homo est obligamus aerobe</i> («El hombre es un organismo aerobio»), Hipócrates	54
9. Hay un flujo y reflujo en los asuntos de los hombres	60
10. El descenso del espíritu santo sobre un discípulo reacio	70
11. ¡No olvidemos Paoli!	82
12. <i>Eine Kleine Nachtmusik</i>	92
13. El aire de la mañana está repleto de ángeles	107
14. Truenos inminentes	117
15. Un ejército en movimiento	124
16. Espacio para secretos	127
17. ¡Libertad!	135
18. Sin nombre, sin hogar, en la miseria y muy borracho	140
19. Medidas desesperadas	152
20. De repollos y de reyes	157
21. Hombres sanguinarios	160
22. Se acerca una tormenta	178

23. En el que la señora Figg echa una mano	183
24. Bienvenido frescor en el calor, consuelo en la aflicción	193
25. Dadme libertad...	214

Segunda parte:

MIENTRAS TANTO, EN EL RANCHO...

26. Un paso en la oscuridad	219
27. Nada es más difícil, pero la búsqueda lo descubrirá	231
28. Frío-caliente	235
29. Regreso a Lallybroch	238
30. Luces, acción y sirenas	249
31. El brillo de los ojos de un caballito balancín	255
32. Pues quien vacila en el umbral presagia que el peligro acecha en el interior	262
33. Es mejor dormir con la piel intacta	267
34. Refugio	271
35. <i>An Gearasdan</i>	277
36. El olor de un extraño	284
37. <i>Cognosco te</i>	288
38. El número de la bestia	295
39. El fantasma de un ahorcado	302
40. Ángeles sin saberlo	308
41. En donde todo converge	315
42. Con todo mi cariño	332
43. Aparición	341
44. Anfisbena	346
45. Cura de almas	352
46. Jesusito de mi vida, dime...	356

Tercera parte:

UNA ESPADA RECIÉN FORJADA EN LAS CENIZAS

47. Algo que ponerse para ir a la guerra	361
48. Solo por diversión	374
49. Principio de incertidumbre	378
50. El buen pastor	380
51. Gorroneando	393
52. Sueños de morfina	399
53. Pillado en desventaja	402

54. En el que conozco a un nabo	406
55. Vestales	415
56. Papista apestoso	430
57. No entres con calma en esa buena noche	434
58. Castrametación	442
59. Un descubrimiento entre las tropas	452
60. Cuáqueros e intendentes	455
61. Un viscoso trío	462
62. Al mulo no le caes bien	477
63. Un uso alternativo de la jeringa para penes	486
64. Trescientas una	488
65. Mosquitos	493
66. Pinturas de guerra	497
67. En busca de cosas que no están ahí	501

Cuarta parte:
DÍA DE BATALLA

68. Salir en la oscuridad	509
69. Las primeras horas	511
70. Un único piojo	518
71. <i>Folie à trois</i>	519
72. Cenagales y embrollos	525
73. El peculiar comportamiento de una tienda de campaña	530
74. La clase de cosa que hará que un hombre sude y tiemble	539
75. El manzanar	548
76. Los peligros de entregarse	555
77. El precio del Siena	560
78. En el lugar equivocado en el momento equivocado	567
79. Mediodía	574
80. Paternóster	581
81. Entre las lápidas	589

Quinta parte:
RECUESTO

82. Ni siquiera los que quieren ir al cielo desean morir para llegar allí	597
83. Puesta de sol	603
84. Anochecer	612

85. El largo camino a casa	621
86. Donde la aurora de rosáceos dedos aparece en tropel	623
87. Sale la luna	637
88. Un tufillo a roquefort	643
89. Hoy, el gallo del corral; mañana, un plumero	650
90. Es sabio el hijo que sabe quién es su padre	669
91. Llevando la cuenta	673
92. No quiero que estés solo	676
93. La casa de Chestnut Street	680
94. El sentido de la reunión	688
94 ✎ Una coda en tres por dos	697

Sexta parte:
LOS LAZOS QUE UNEN

95. El cuerpo eléctrico	711
96. No hay lo que se dice falta de pelo en Escocia	720
97. Un hombre que haga el trabajo de un hombre	726
98. El muro	733
99. Radar	737
100. ¿Son esos tus animales?	743
101. Una única oportunidad	746
102. Posparto	752
103. Solsticio	755
104. El súcubo de Cranesmuir	756
105. No soy muy buena persona	767
106. Un hermano de la logia	772
107. El cementerio	777
108. La realidad es aquello que, cuando dejas de creer en ella, no desaparece	782
109. <i>Frottage</i>	787
110. Los sonidos del silencio	795

Séptima parte:
ANTES DE QUE VAYA Y PEREZCA

111. Una masacre lejana	799
112. Fantasmas diurnos	808
113. Gracias por el pescado	815
114. Creer en Dios es una apuesta segura	827

115. La intrincada trama del dolor	833
116. A cazar iremos	841
117. En el brezal	844
118. Segunda ley de la termodinámica	862
119. «¡Ay! ¡Pobre Yorick!»	868
120. El chisporrotear del fuego	872
121. Caminar sobre brasas	876
122. Suelo sagrado	884

Octava parte:

BÚSQUEDA Y SALVAMENTO

123. <i>Quod scripsi, scripsi</i>	889
124. Llevado a ti por las letras «Q», «E» y «D»	892
125. Calamar en la cena, al rico calamar	896
126. El plan Oglethorpe	899
127. Fontanería	904
128. Cogiendo ranas	911
129. Invasión	921
130. Un remedio soberano	924
131. Un jugador nato	927
132. Quimera	937
133. Último recurso	946
134. Últimos sacramentos	954
135. Amaranthus	963
136. Un asunto pendiente	966

Novena parte:

«*THIG CRIOCH AIR AN T-SAOGHAL ACH MAIRIDH
CEOL AGUS GAOL.*»

«ES POSIBLE QUE EL MUNDO SE ACABE, PERO EL AMOR
Y LA MÚSICA PERDURARÁN.»

137. En el corazón del bosque, un refugio	973
138. El frenillo de Fanny	977
139. Una visita al comercio	980
140. Mujer, ¿yacerás conmigo?	987
141. El sentimiento más profundo siempre se muestra en silencio	991
142. Cosas que aparecen	997

143. Interruptus	1003
144. Visita a un huerto encantado	1009
145. Y lo sabes	1015
<i>Notas de la autora</i>	1021
<i>Agradecimientos</i>	1027

CUATRO ARROBAS DE PIEDRAS

16 de junio de 1778

El bosque entre Filadelfia y Valley Forge

Ian Murray permanecía inmóvil con una piedra en la mano, observando el lugar que había elegido. Un pequeño claro apartado, entre unas cuantas rocas cubiertas de musgo, a la sombra de los abetos y justo debajo de un enorme enebro. Un lugar al que nadie llegaría casualmente, pero no por ello inaccesible. Quería llevarlos allí. A su familia.

A Fergus, para empezar. A lo mejor solo a Fergus y ya está. Mamá había criado a Fergus desde que este tenía diez años y, antes de eso, él no había conocido otra madre. Fergus conocía a mamá desde hacía más tiempo que Ian y la quería tanto como él. «Puede que más», pensó. Los sentimientos de culpa agravaban su dolor. Fergus se había quedado con ella en Lallybroch, para cuidarla y cuidar la casa; él no. Tragó saliva con dificultad y, tras adentrarse en el pequeño claro, dejó la piedra justo en el centro. Luego se volvió para mirar.

Mientras lo hacía, sacudió la cabeza de un lado a otro. No, tenían que ser dos montículos de piedra. Su madre y el tío Jamie eran hermanos, así que la familia podría llorarlos allí a los dos... pero también podría llevar a otras personas, tal vez, para que los recordaran y les presentaran sus respetos. Sí, las personas que habían conocido y apreciado a Jamie Fraser, pero que no distinguirían a Jenny Murray de un agujero en...

La imagen de su madre en un agujero del suelo se le clavó como si fuera una horca. Luego ahuyentó esa idea al recordar que, al fin y al cabo, su madre no estaba en ninguna tumba, y esa nueva imagen se le clavó con más fuerza aún. No soportaba imaginarlos mientras se ahogaban, aferrándose tal vez el uno al otro, luchando por mantenerse...

—*A Dhia!* —exclamó con brusquedad.

Dejó caer la piedra y se volvió para buscar otras. Había visto a más de un ahogado.

Le rodaron lágrimas por las mejillas, mezcladas con el sudor de aquel día de verano. Pero no se preocupó, solo se detenía de vez en cuando para limpiarse la nariz con la manga. Se había enrollado un pañuelo en torno a la cabeza, para que no se le metieran en los ojos ni el pelo ni las gotas de sudor. No había añadido ni veinte piedras a cada uno de los montículos y el pañuelo ya estaba empapado.

Él y sus hermanos habían levantado un bonito montículo de piedras para su padre antes de que este muriera, junto a la lápida que llevaba su nombre grabado –todos sus nombres, por caro que hubiera salido– en el cementerio de Lallybroch. Y más tarde, durante el funeral, los miembros de la familia, seguidos de los arrendatarios y luego de los sirvientes, se habían acercado uno a uno para añadir su propia piedra al peso de la memoria.

Fergus, pues. O... No, ¿en qué estaba pensando? La tía Claire era la primera persona a la que debía llevar allí. No era escocesa, pero sabía reconocer un buen montículo de piedras y tal vez sintiera cierto consuelo al ver el del tío Jamie. Sí, eso era. Primero la tía Claire y luego Fergus. El tío Jamie era el padre adoptivo de Fergus, así que Fergus estaba en su derecho. Y luego quizá Marsali y los niños. Pero... tal vez Germain ya fuera lo bastante mayor como para acompañar a Fergus. A sus diez años, podía entenderlo: ya era casi un hombre y se merecía que lo trataran como tal. Y el tío Jamie era su abuelo. Un familiar cercano.

Retrocedió de nuevo y se secó la cara, respirando con dificultad. Los insectos silbaban y zumbaban junto a sus orejas o revoloteaban a su alrededor, en busca de su sangre, pero Ian se había desnudado hasta quedarse solo con un taparrabos y se había untado con grasa de oso y menta, al estilo mohicano. Los insectos no le picaban.

–Cuida de ellos, oh espíritu del enebro –susurró en mohicano, mientras levantaba la vista hacia las olorosas ramas del árbol–. Protege sus almas y deja que se queden aquí, frescos como tus ramas.

Se persignó y luego se agachó para escarbar en el suave mantillo. Unas cuantas piedras más, pensó. Por si algún animal que pasara por allí les daba un golpe y las desparramaba. Desparramadas como sus pensamientos, que vagaban sin descanso entre los rostros de los miembros de su familia, de la gente del cerro... Dios, ¿volvería allí algún día? Brianna. Oh, señor, Brianna...

Se mordió el labio y notó el sabor de la sal. Se lamió y siguió buscando piedras. Brianna estaba a salvo con Roger Mac y los críos. Pero, oh, Señor, cuánto necesitaba sus consejos. Mejor aún, los de Roger Mac.

¿A quién iba a preguntar ahora, cuando precisara ayuda para ocuparse de todos?

Pensó en Rachel y disminuyó un poco la opresión del pecho. Sí, tenía a Rachel... Era más joven que él, no era mayor de diecinueve años. Y, siendo cuáquera, tenía unas ideas bastante raras acerca de cómo se hacían las cosas, pero si ella estaba a su lado, caminaría sobre terreno seguro. Esperaba que pudiera estar a su lado, pero aún quedaban ciertas cosas que debía contarle... La idea de esa conversación hizo que regresara la opresión en el pecho.

Y también regresó la imagen de su prima Brianna, que se instaló en su mente: alta, de nariz recta y huesos fuertes como su padre... Pero esa imagen llevó consigo la de su otro primo, el hermanastro de Bree. Dios santo, William. ¿Qué debía hacer con William? Ian dudaba de que supiera la verdad, de que supiera que era hijo de Jamie Fraser... ¿Era él quien debía contárselo? ¿Debía llevarlo hasta allí y explicarle lo que había perdido?

A Ian debió de escapársele un lamento mientras pensaba, pues *Rollo* –su perro– levantó la enorme cabeza y lo observó con preocupación.

–No, yo tampoco lo sé –le dijo Ian–. Mejor que esperemos, ¿te parece?

Rollo apoyó de nuevo la cabeza sobre las patas, sacudió el peludo flanco para espantar las moscas y se sumió en un sueño sin huesos.

Ian siguió trabajando durante un rato y dejó que sus pensamientos se fueran escurriendo, junto a las lágrimas y el sudor. Interrumpió su tarea solo cuando el sol, que había empezado a ponerse, rozó la cima de sus montículos de piedras. Se sentía cansado, pero en paz. Los montículos, uno junto al otro, le llegaban a la altura de la rodilla. Eran pequeños, pero sólidos.

Se quedó inmóvil unos cuantos instantes aún, sin pensar, escuchando el alboroto de los pajarillos entre la hierba y el susurro del viento entre los árboles. Luego suspiró profundamente, se acuclilló y tocó uno de los montículos.

–*Tha gaol agam oirbh, a Mhàthair* –susurró.

«Te entrego mi amor, madre.» Cerró los ojos y apoyó una mano cubierta de arañazos en la otra pila de piedras. El tacto de la tierra bajo la piel le provocó una sensación extraña en los dedos, como si pudiera hundirlos de repente en el suelo y tocar lo que tanto necesitaba.

Se quedó inmóvil, respirando, y después abrió los ojos.

–Ayúdame con esto, tío Jamie –dijo–. No creo que pueda, yo solo.

BASTARDO ASQUEROSO

William Ransom, noveno conde de Ellesmere, vizconde de Ashness y barón de Derwent, se abrió paso entre el gentío de Market Street, ajeno a las protestas de aquellos a los que iba empujando.

No sabía adónde se dirigía, ni qué haría al llegar allí. Lo único que sabía era que acabaría por reventar si se quedaba quieto.

Le palpitaba la cabeza, como si tuviera un forúnculo inflamado. Todo le palpitaba: la mano..., seguramente se había roto algún hueso, pero le daba igual; el corazón, desbocado y dolorido bajo el pecho; los pies... Por Dios, ¿qué había hecho? ¿Darle una patada a algo? Pateó con saña un ladrillo suelto que salió disparado hacia un grupo de ocas. Los animales empezaron a cacarear y se lanzaron hacia él, revoloteando y golpeándole las espinillas con las alas.

Volaron plumas y excrementos de oca, y la manada se dispersó en todas direcciones.

—¡Bastardo! —le chilló la mujer de las ocas. Lo atacó con su cayado y le propinó un hábil golpe en la oreja—. ¡Así te lleve el diablo, bastardo *dreckiger!*

Varias voces airadas se hicieron eco de aquella opinión y William tuvo que meterse por un callejón, hasta el cual lo persiguieron gritos e irritados graznidos.

Se frotó la oreja dolorida y avanzó tambaleándose entre los edificios, ajeno a todo lo que no fuera la palabra que palpitaba cada vez con más fuerza en el interior de la cabeza. *Bastardo.*

—¡Bastardo! —dijo en voz alta—. ¡Bastardo, bastardo, bastardo! —gritó a pleno pulmón, al tiempo que golpeaba con el puño cerrado el muro de ladrillos que tenía justo al lado.

—¿Quién es un bastardo? —dijo tras él una voz, en tono de curiosidad.

Se volvió y vio a una joven que lo observaba con cierto interés. Ella dejó resbalar la mirada por su cuerpo y se fijó en su respiración trabajosa, en las manchas de sangre que lucía en las vueltas de la casaca del uniforme y en las verdes salpicaduras de excrementos de oca que le habían manchado los calzones. La mirada de la joven llegó al fin a los zapatos de hebilla plateada y, desde allí, subió al rostro con renovado interés.

—Yo —dijo William, con voz ronca y amarga.

—¿Ah, sí?

La mujer abandonó la protección del portal en el que había permanecido hasta entonces y cruzó el callejón, hasta detenerse ante él. Era alta y delgada. Tenía unos pechos jóvenes y turgentes... y visibles a las claras bajo

la fina gasa de su vestido, pues llevaba unas enaguas de seda, pero no corsé. Ni gorro, por lo que la melena le caía hasta los hombros. Una ramera.

–Me caen bien los bastardos –dijo al tiempo que le rozaba un brazo–. ¿Qué clase de bastardo eres tú? ¿Uno muy travieso? ¿O muy malo?

–Uno arrepentido –dijo, y frunció el ceño al ver que ella se echaba a reír. La joven vio el ceño fruncido, pero no se amilanó.

–Entra –dijo cogiéndolo de la mano–. Tienes toda la pinta de necesitar un trago.

La vio fijarse en sus nudillos, despellejados y ensangrentados, y morderse el labio inferior con unos dientes pequeños y blancos. Pero no parecía asustada y, de repente, él se dejó llevar, sin protestar, hacia el oscuro portal.

«¿Qué más da? –pensó, terriblemente agotado de golpe–. ¿Qué más da ya?»

3

EN EL QUE LAS MUJERES, COMO DE COSTUMBRE, SACAN LAS CASTAÑAS DEL FUEGO

Número 17 de Chestnut Street, Filadelfia
Residencia de lord y lady John Grey

William se había marchado en mitad de una auténtica tempestad y, de hecho, daba la sensación de que un rayo había alcanzado la casa. Me sentía, desde luego, como si hubiera sobrevivido a una espectacular tormenta eléctrica, pues tenía los pelos y los nervios de punta, y temblaba de agitación.

Jenny Murray había entrado en casa nada más marcharse William y, si bien verla a ella me produjo menos impresión de la que me había producido hasta entonces ver a los demás, aun así me dejó muda de asombro. Me quedé mirando a mi otrora cuñada con unos ojos como platos. Aunque, pensándolo bien, seguía siendo mi cuñada... porque Jamie estaba vivo. Vivo.

Lo había tenido entre mis brazos apenas diez minutos antes y el recuerdo de sus caricias rebotó en mi interior como un rayo dentro de una botella. Vagamente, me di cuenta de que estaba sonriendo como una tonta, a pesar de los tremendos destrozos, de las terribles escenas, de la aflicción de William –si es que podía llamarse «aflicción» a un arrebato así–, del peligro que corría Jamie y de una vaga inquietud acerca de lo que Jenny o la señora Figg –cocinera y ama de llaves de lord John– pudieran decir.

La señora Figg era una mujer totalmente esférica, de reluciente piel negra y bastante dada a deslizarse sin el menor ruido a espaldas de los demás, como una amenazadora bola de acero.

—¿Qué pasa aquí? —ladró, mientras aparecía sin previo aviso justo detrás de Jenny.

—¡Virgen santísima! —Jenny giró sobre sí misma, con los ojos muy abiertos y una mano apoyada en el pecho—. ¿Quién es usted, por el amor de Dios? —exclamó.

—Es la señora Figg —respondí.

Experimenté una delirante necesidad de echarme a reír, a pesar —o tal vez a causa— de los recientes acontecimientos.

—La cocinera de lord John —añadí—. Señora Figg, esta es la señora Murray. Mi... esto... mi...

—Tu cuñada —dijo Jenny con firmeza, al tiempo que arqueaba una ceja negra—. Si es que aún me aceptas...

Me dedicó una mirada abiertamente sincera y la necesidad de reír se transformó, con brusquedad, en una imperiosa necesidad de echarme a llorar. De todas las improbables fuentes de socorro que podría haber imaginado... Suspiré hondo y le tendí una mano.

—Te acepto.

No nos habíamos despedido lo que se dice de buenas maneras en Escocia, pero en otros tiempos yo la había querido muchísimo, de modo que no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad de arreglar las cosas.

Entrelazó sus minúsculos pero firmes dedos con los míos, me estreché la mano con fuerza y, con esa sencillez, todo quedó arreglado. No era necesario disculparse, ni pedir perdón en voz alta. A ella jamás le había hecho falta llevar la máscara que llevaba Jamie. Lo que pensaba y sentía estaba allí, en aquellos ojos rasgados y azules, casi felinos, que compartía con su hermano. Jenny ya sabía la verdad acerca de lo que era yo y también sabía que amaba a su hermano —y así había sido siempre— en cuerpo y alma... a pesar del pequeño detalle de que en ese instante yo estuviera casada con otra persona.

Dejó escapar un suspiro, cerró un segundo los ojos y luego volvió a abrirlos. Me sonrió y los labios le temblaron apenas.

—Bueno, pues mejor que mejor —dijo la señora Figg en tono cortante.

Entornó los párpados y giró muy despacio sobre su propio eje, al tiempo que contemplaba aquel panorama de destrucción. En lo alto de la escalera, la barandilla estaba arrancada. Un rastro de pasamanos rotos, paredes golpeadas y manchas de sangre marcaba el descenso de William. Los cristales de la araña de luces cubrían el suelo y centelleaban alegremente bajo la luz que se colaba por la puerta abierta, la cual por cierto también estaba rota y se balanceaba en ese momento sujeta por una única bisagra.

—Merde podrida —murmuró la señora Figg. Se volvió de golpe hacia mí, con aquellos ojillos que parecían grosellas negras aún entrecerrados—. ¿Dónde está su señoría?

—Eh... —dije.

Me di cuenta de que la cosa no iba a ser fácil. Aunque a la señora Figg no le caía bien casi nadie, adoraba a John. Y no le iba a gustar nada saber que lo había secuestrado un...

—Y a propósito, ¿dónde está mi hermano? —preguntó Jenny, mientras echaba un vistazo a su alrededor como si esperara que Jamie saliera repentinamente de debajo del sofá.

—Pues... —dije—. Eh... Bueno...

Decir que no iba a ser fácil era quedarse corto. Porque...

—¿Y dónde está mi querido William? —quiso saber la señora Figg, al tiempo que olisqueaba el aire—. Ha estado aquí. Huelo esa colonia apesosa que se echa en la ropa —dijo, mientras empujaba con la punta del zapato, como si le diera asco, un trozo de yeso que se había desprendido de la pared.

Dejé escapar otro largo y profundo suspiro y me aferré a la poca cordura que me quedaba.

—Señora Figg —dije—, ¿sería usted tan amable de prepararnos una taza de té?

Nos sentamos en el salón, mientras la señora Figg entraba y salía de la cocina, sin perder de vista su estofado de tortuga de agua dulce.

—No querrán que se me queme la tortuga, ¿verdad que no? —nos dijo en tono severo al volver de uno de los viajes a la cocina y dejar la tetera con su cubreteteras acolchado de color amarillo—. Con todo ese jerez que le echo porque a su señoría le gusta. Casi una botella entera... Sería una lástima echar a perder un licor tan bueno.

El estómago se me revolvió de golpe. La sopa de tortuga —con mucho jerez— tenía para mí unas connotaciones tan poderosas como secretas, relacionadas con Jamie, con un febril delirio y con la forma en que el movimiento de un barco contribuye al acto amoroso. Imágenes esas cuya evocación no iba a contribuir en absoluto a la inminente discusión. Me pasé un dedo entre las cejas, con la esperanza de despejar la escandalosa nube de confusión que allí se estaba formando. En el interior de la casa, la atmósfera seguía siendo eléctrica.

—Y hablando de jerez —dije— o de cualquier otro licor fuerte que tenga usted a mano, señora Figg...

Me observó con aire pensativo, luego asintió y cogió la licorera que estaba sobre el aparador.

–El brandy es más fuerte –dijo, al tiempo que dejaba la licorera frente a mí.

Jenny me observó con el mismo aire pensativo. Luego se inclinó hacia delante y sirvió un generoso trago de brandy en mi taza y, acto seguido, una cantidad parecida en la suya.

–Por si acaso –dijo arqueando una ceja.

Bebimos durante algunos instantes. Pensé que me iba a hacer falta algo más fuerte que un chorrito de brandy en el té para enfrentarme a las consecuencias que los últimos acontecimientos iban a tener en mis nervios –láudano, por ejemplo, o un buen trago de whisky escocés–, pero el té, calentito y aromático, ayudó indudablemente, como un cálido y lento goteo en mitad de la tempestad.

–Bueno, pues estamos bien, ¿no?

Jenny dejó su taza, con aire esperanzado.

–Es un comienzo –dije.

Respiré hondo y le proporcioné un resumen de los acontecimientos de la mañana.

Los ojos de Jenny se parecían inquietantemente a los de Jamie. Parpadeó una vez, luego otra y, por último, sacudió la cabeza como si quisiera aclarar las ideas y asimilar lo que acababa de contarle.

–O sea, que Jamie se ha marchado con tu lord John, el ejército británico los persigue a los dos, ese muchacho alto que echaba humo por las orejas, el que me he cruzado en el porche, es hijo de Jamie... Bueno, pues claro que lo es, hasta un ciego se daría cuenta. Y, encima, la ciudad es un hervidero de soldados británicos. ¿Eso es todo?

–No es exactamente mi lord John –dije–, pero sí, esa es más o menos la situación. Entiendo entonces que Jamie te habló de William, ¿no?

–Sí, me lo contó –dijo, sonriéndome por encima del borde de su taza de té–. Me alegro mucho por él. Pero... ¿qué le ocurre al muchacho? Tenía pinta de no estar dispuesto a cederle el paso ni a un oso.

–¿Qué ha dicho? –nos interrumpió, con brusquedad, la voz de la señora Figg. Dejó la bandeja que acababa de traer: la jarra de leche y el azucarero entrechocaron con un sonido semejante al de las castañuelas–. ¿Que William es hijo de quién?

Bebí un sorbo de té para coger fuerzas. La señora Figg sabía que yo había estado casada con un tal James Fraser, de quien en teoría había envidado. Pero eso era todo cuanto sabía.

–Bueno –dije, haciendo una pausa para aclararme la garganta–. Ese, ejem... Ese caballero alto y pelirrojo que ha estado antes aquí... ¿Lo ha visto usted?

–Lo he visto –respondió la señora Figg, observándome con los ojos entrecerrados.

—¿Y se ha fijado usted bien en él?

—No le he prestado mucha atención cuando ha llamado a la puerta y me ha preguntado dónde estaba usted, pero lo he visto muy bien por detrás cuando ha pasado junto a mí y ha subido corriendo la escalera.

—Supongo que el parecido se aprecia menos desde ese ángulo —dije, al tiempo que bebía otro sorbo de té—. Eh... ese caballero es James Fraser, mi... eh... mi...

«Primer marido» no era apropiado, como tampoco lo era «difunto marido». Menos afortunado aún era «mi último marido», así que me decanté por la alternativa más sencilla.

—Mi marido. Y... esto... padre de William.

La señora Figg abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. Retrocedió despacio y se dejó caer con un suave *plof* en una otomana bordada.

—¿Y William lo sabe? —preguntó, tras unos momentos de reflexión.

—Ahora sí —dije señalando con un breve gesto la devastación de la escalera, claramente visible a través de la puerta del salón en el que nos hallábamos.

—*Merde* pod... Quiero decir, Cordero de Dios, ten piedad de nosotros.

El segundo marido de la señora Figg era un pastor metodista, y la pobre mujer se esforzaba mucho para que él se sintiera orgulloso de ella, pero su primer marido había sido un jugador francés. La señora Figg me observó con unos ojos que parecían miras de fusil.

—¿Y usted es su madre?

Me atraganté con el té.

—No —dije, al tiempo que me secaba la barbilla con una servilleta de hilo—. No es tan complicado.

En realidad, lo era aún más, pero no estaba dispuesta a explicar ni a la señora Figg ni a Jenny de dónde había salido William. Sin duda, Jamie le había contado a Jenny quién era la madre de William, pero yo dudaba mucho de que también le hubiera contado a su hermana que la madre de William, Geneva Dunsany, había obligado a Jamie a acostarse con ella mediante amenazas dirigidas a la familia de Jenny. A ningún hombre de temple le gusta admitir que una muchacha de dieciocho años lo ha chantajeado con éxito.

—Lord John se convirtió en el tutor legal de William cuando murió el abuelo de este y, ya de paso, se casó con lady Isobel Dunsany, la hermana de la madre de Willie. Ella fue quien cuidó del chico desde que su madre murió al dar a luz. De hecho, ella y lord John han sido sus padres desde que era muy pequeño. Isobel murió cuando Willie tenía unos once años.

La señora Figg escuchó aquella explicación con calma, pero no se dejó distraer de la cuestión principal.

—James Fraser —dijo dándose unos golpecitos en la rodilla con dos de-

dos y observando a Jenny con mirada acusadora—. ¿Y cómo es que no está muerto? Dicen que se ahogó. —Fijó de nuevo la mirada en mí—. Y, según he oído, su señoría estuvo a punto de arrojarse también a las aguas del puerto cuando supo la noticia.

Cerré los ojos ante un escalofrío repentino, con la horrible sensación de que el recuerdo de aquella noticia me engullía como si de una horrible ola fría y salada se tratara. A pesar de que notaba aún en la piel el roce placentero de las caricias de Jamie y de que su imagen resplandecía en mi corazón, reviví el apabullante dolor que experimenté al enterarme de que estaba muerto.

—Bueno, por lo menos en esa cuestión yo sí puedo ilustrarla.

Abrí los ojos y vi a Jenny, que en ese momento dejaba caer un terrón de azúcar en su té recién vertido, al tiempo que asentía en dirección a la señora Figg.

—Nos disponíamos a emprender travesía en un barco llamado *Euterpe*, mi hermano y yo, quiero decir, desde Brest. Pero aquel ladrón desalmado que era el capitán zarpó sin nosotros. Le estuvo bien empleado —añadió frunciendo el ceño.

Sí que le estuvo bien empleado. El *Eurterpe* naufragó durante una tormenta en mitad del Atlántico y pereció toda la tripulación. Eso era lo que me habían contado... a mí y a John Grey.

—Jamie buscó otro barco, pero nos dejó en Virginia, por lo que tuvimos que viajar costa arriba, unas veces en carro y otras en paquebote, tratando de eludir a los soldados. Por cierto —dijo volviéndose hacia mí con un gesto de aprobación—, aquellas agujitas que le diste a Jamie para combatir el mareo son una maravilla. Me enseñó cómo tenía que ponérselas. Pero cuando llegamos a Filadelfia, ayer mismo —dijo retomando su relato—, nos colamos de noche en la ciudad, como un par de ladronzuelos, y nos dirigimos a la imprenta de Fergus. ¡Ay, señor, no sé cuántas veces pensé que me iba a dar un infarto!

Sonrió mientras recordaba y me sorprendió el cambio que se había operado en ella. Una sombra de dolor le oscurecía aún el rostro y estaba delgada y agotada tras el viaje, pero la terrible tensión que le había supuesto la larga agonía de su esposo Ian ya había desaparecido. El color había regresado a sus mejillas y una luz que yo llevaba sin ver desde que nos conocimos, treinta años atrás, iluminaba de nuevo su mirada. Había encontrado la paz, pensé. Y me sentí tan agradecida que hasta mi propia alma halló alivio.

—... así que Jamie llamó a la puerta de atrás, pero no abrió nadie, aunque veíamos el resplandor de un fuego entre los postigos. Volvió a llamar, con un sonido que parecía una melodía...

Golpeó suavemente la mesa con los nudillos, *tan-ta-ta-chan-ta-ta-tan-*

tan-chán, y el corazón me dio un vuelco al reconocer la música de *El llanero solitario*, que Brianna le había enseñado.

—Y al momento —prosiguió Jenny—, oímos la voz seca de una mujer que dice «¿Quién es?». Y Jamie le contesta, en *gàidhlig*: «Es tu padre, hija mía, que está empapado, muerto de frío y de hambre». Porque estaban cayendo chuzos de punta y estábamos los dos calados hasta los huesos.

Se reclinó un poco hacia atrás, como si disfrutara contando aquella historia.

—Entonces se abre la puerta, una rendija apenas, y aparece Marsali con una pistola de arzón y los dos críos detrás de ella, fieros como arcángeles y armados cada uno con un leño por si había que atizarle en las espinillas a algún ladrón. Pero entonces el resplandor del fuego ilumina el rostro de Jamie y los tres se ponen a chillar como si quisieran despertar a los muertos y se abalanzan sobre él, lo hacen pasar, y empiezan a hablar todos a la vez. Le dieron la bienvenida y le preguntaron que si era un fantasma, que por qué no se había ahogado... Y así fue como nos enteramos de que el *Euterpe* había naufragado —dijo persignándose—. Que Dios los tenga en su gloria, pobrecillos —añadió, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Yo también me persigné, pero me di cuenta de que la señora Figg me estaba observando de reojo. No sabía que yo era papista.

—Yo también había entrado, claro —prosiguió Jenny—, pero resulta que todo el mundo está hablando a la vez, yendo de un lado para otro en busca de ropa seca y algo caliente que beber y, mientras, yo me dedico a echar un vistazo a mi alrededor, porque nunca había estado en una imprenta. El olor de la tinta, del papel y del plomo me pareció maravilloso, pero entonces alguien me tira de la falda y me encuentro con un encantador jovencito que me pregunta: «¿Y usted quién es, señora? ¿Le apetece un poco de sidra?».

—Henri-Christian —murmuré, sonriendo al recordar al más pequeño de los hijos de Marsali.

Jenny asintió.

—«Bueno, pues soy tu abuela Janet, hijito», le digo y él abre unos ojos como platos, suelta un grito, me agarra las piernas y me abraza con tanta fuerza que me hace perder el equilibrio y caer al sofá. Me salió un morado en el trasero del tamaño de tu mano —añadió en voz baja, dirigiéndose a mí.

Me di cuenta de que, en mi interior, se iba aflojando un nudo de tensión cuya existencia ni siquiera conocía. Jenny sabía, desde luego, que Henri-Christian había nacido enano... pero saber y ver no siempre significan lo mismo. Y ese era, claramente, el caso de Jenny.

La señora Figg había seguido el relato con interés, aunque mantenía ciertas reservas. Al oír mencionar la imprenta, sin embargo, esas reservas se afianzaron un poco más.

—Y esa gente... Entiendo que Marsali es su hija, ¿verdad, señora?

Supe lo que estaba pensando. Todo el mundo en Filadelfia sabía que Jamie era un rebelde. Y yo también, por extensión. Había sido la amenaza de un arresto inminente lo que había llevado a John a insistirme en que me casara con él, en pleno caos tras la supuesta muerte de Jamie. La mención de una imprenta en la Filadelfia ocupada por los británicos solo podía plantear preguntas acerca de qué se estaba imprimiendo y quién lo imprimía.

—No, su marido es el hijo adoptivo de mi hermano —aclaró Jenny—. Pero yo críe a Fergus desde que era muy pequeño, así que también es mi hijo adoptivo, según las costumbres de las Tierras Altas.

La señora Figg parpadeó. Hasta ese momento, había conseguido tener más o menos controlado el reparto de personajes de aquella historia, pero llegados a aquel punto desistió de su empeño. Sacudió la cabeza y los lazos rosa de su gorro oscilaron como pequeñas antenas.

—Bueno, ¿y adónde demonios... quiero decir, adónde diantre ha ido su hermano con su señoría? —quiso saber—. ¿A esa imprenta, tal vez?

Jenny y yo intercambiamos una mirada.

—Lo dudo —dije—. Lo más probable es que haya abandonado la ciudad utilizando a John... es decir, a su señoría, como rehén para cruzar las empalizadas. Seguramente lo dejará marchar en cuanto se hayan alejado lo bastante como para estar a salvo.

La señora Figg emitió una especie de grave murmullo de desaprobación.

—O a lo mejor se dirige a Valley Forge y lo entrega a los rebeldes.

—Ah, no lo creo —dijo Jenny en tono tranquilizador—. ¿Para qué lo iban a querer los rebeldes, al fin y al cabo?

La señora Figg parpadeó de nuevo, perpleja ante la idea de que alguien no tuviera a su señoría en tan alta estima como ella. Pero, tras fruncir los labios durante un instante, pareció aceptar que tal vez fuera así.

—No llevaba el uniforme, ¿verdad, señora? —me preguntó, con el ceño arrugado.

Negué con la cabeza. John no estaba en el servicio activo. Era diplomático aunque, técnicamente, seguía conservando el rango de teniente coronel en el regimiento de su hermano y, por tanto, vestía el uniforme por motivos ceremoniales o intimidatorios. De manera oficial, sin embargo, estaba retirado del ejército, no era un combatiente. Y vestido con ropa de calle, parecía más un ciudadano corriente que un soldado... motivo por el cual carecía de interés para las tropas del general Washington en Valley Forge.

En cualquier caso, yo no creía que Jamie se hubiera dirigido a Valley Forge. Estaba absolutamente segura de que volvería. A casa. A buscarme.

Esa idea floreció en lo más profundo de mi vientre y fue extendiéndose, como una ola de calor, que me obligó a enterrar la nariz en la taza de té para ocultar el rubor resultante.

Vivo. Atesoré aquella palabra y la acuné en lo más hondo de mi corazón. Jamie estaba vivo. Por mucho que me alegrara de ver a Jenny —y más aún de verla tendiéndome una rama de olivo—, lo que de verdad deseaba era subir a mi habitación, cerrar la puerta y apoyarme en la pared con los ojos cerrados, para recordar los segundos posteriores a su entrada en el cuarto, cuando me había tomado entre sus brazos, me había empujado hacia la pared y me había besado. El simple hecho de su presencia allí, firme y cálida, me había parecido tan abrumador que, de no haber sido por el apoyo que la pared me brindaba, habría caído al suelo.

«Vivo —me repetí en silencio—. Está vivo.»

Nada más importaba. Aun cuando me pregunté por un instante qué habría hecho con John.

4

NO HAGAS PREGUNTAS
CUYAS RESPUESTAS NO QUIERES ESCUCHAR

*En los bosques,
a una hora a caballo de Filadelfia*

John Grey se había resignado a morir. Llevaba esperándolo desde el momento en que le había espetado un «He tenido conocimiento carnal de su esposa». La única duda radicaba en saber si Fraser le dispararía, le clavaría un puñal o lo destriparía con sus propias manos.

Que el marido agraviado se hubiera limitado a mirarlo con calma y a decir «¿Ah, sí? ¿Por qué?» no resultaba solo sorprendente, sino también vergonzoso. Absolutamente vergonzoso.

—«Por qué» —repitió John Grey incrédulo—. ¿Ha dicho usted «por qué»?

—Lo he dicho. Y agradecería una respuesta.

Ahora que Grey tenía ambos ojos muy abiertos, se daba cuenta de que la aparente calma de Fraser no era, en realidad, tan impenetrable como había supuesto al principio. Le palpitaba una sien y había cambiado el peso de una pierna a otra, como haría cualquier hombre ante una reyerta de taberna: sin intención directa de cometer actos violentos, pero dispuesto a recibirlos. Por extraño que pareciera, a Grey esa imagen le resultó tranquilizadora.

—¿Y qué carajo quiere usted decir con «por qué»? —dijo, furioso de repente—. ¿Y por qué no está usted muerto, maldita sea?

–Yo también me lo pregunto a menudo –respondió Fraser cortésmente–. ¿Debo entender que me creía usted muerto?

–¡Sí, lo mismo que su esposa! ¿Tiene usted la más remota idea de cómo se sintió al saber que usted había muerto?

Fraser entrecerró apenas los ojos de color azul oscuro.

–¿Está usted insinuando que la noticia de mi muerte la afectó de tal manera que perdió la razón hasta el punto de obligarlo a usted a acostarse con ella? Porque –prosiguió, anticipándose a la airada respuesta de Grey–, a menos que yo esté muy confundido en cuanto a su carácter, sería necesario emplear mucha fuerza para obligarlo a usted a hacer algo así. ¿O me equivoco?

Los ojos siguieron entrecerrados. Grey los observó fijamente. Luego fue él quien cerró los suyos un instante y se frotó con brío la cara con ambas manos, como si acabara de despertar de una pesadilla. Después dejó caer las manos y abrió de nuevo los ojos.

–No está usted confundido –dijo, con los dientes apretados–. Y sí se equivoca.

Fraser alzó sus rubicundas cejas... en un gesto que a Grey se le antojó de auténtica perplejidad.

–¿Se acercó usted a ella porque...? ¿Por deseo? –dijo, alzando también la voz–. ¿Y ella se lo permitió? No me lo creo.

El cuello bronceado de Fraser se iba tiñendo de un rojo tan vívido como el de un rosal trepador. Grey ya había presenciado algo así con anterioridad y decidió que la mejor defensa –o la única, mejor dicho– era ser el primero en perder los estribos. Se sintió aliviado.

–¡Creíamos que estaba usted muerto, maldito imbécil! –dijo furioso–. ¡Los dos lo creíamos! ¡Muerto! Y una noche... una noche... bebimos más de la cuenta... mucho más de la cuenta... Hablamos de usted... y... Mierda, ninguno de los dos estaba haciendo el amor con el otro. ¡Los dos estábamos follando con usted!

Fraser se quedó boquiabierto de repente y su rostro se volvió inexpressivo. Grey disfrutó durante una fracción de segundo de aquella imagen, hasta que recibió un brutal puñetazo justo debajo de las costillas y salió disparado hacia atrás, dio unos cuantos pasos vacilantes y acabó por caer al suelo. Se quedó allí entre las hojas, sin aliento, abriendo y cerrando la boca como un autómata.

«De acuerdo, entonces –pensó vagamente–. Con las manos desnudas.»

Y justo esas manos fueron las que lo agarraron de la camisa y lo obligaron a ponerse en pie. Consiguió mantener el equilibrio y dejar entrar un soplo de aire en los pulmones. El rostro de Fraser estaba a un par de centímetros del suyo. De hecho, Fraser se hallaba tan cerca que Grey ni siquiera le veía el rostro, solo un primer plano de aquellos dos ojos azules inyec-

tados en sangre, ambos de mirada enloquecida. Ya era suficiente. Grey se sintió tranquilo. Todo acabaría pronto.

–Va a usted a contarme qué ocurrió exactamente, asqueroso perverso –le susurró Fraser. Le arrojó a Grey un aliento cálido que olía a cerveza y lo zarandeó un poco–. Cada palabra. Cada movimiento. Todo.

A Grey le quedaba el aliento justo para responder.

–No –dijo en tono desafiante–. Máteme si quiere.

Fraser lo zarandeó con brusquedad, de modo que a Grey le castañetearon violentamente los dientes y se mordió la lengua. A punto estuvo de atragantarse y, justo entonces, un puñetazo que ni siquiera había visto llegar le dio de lleno en el ojo izquierdo. Cayó de nuevo, mientras en la cabeza los colores se le iban mezclando y empezaba a ver puntitos negros. Notó junto a la nariz el olor acre del mantillo. Fraser tiró de él y lo obligó a ponerse otra vez en pie, pero entonces se interrumpió, quizá para decidir cuál era la mejor forma de continuar con el proceso de vivisección.

Puesto que la sangre le palpitaba en los oídos y respiraba de forma entrecortada, Grey no había oído nada, pero cuando abrió con cautela el ojo bueno para ver desde dónde le llegaba el siguiente golpe, lo que vio fue a otro hombre. Un tipo de aspecto tosco y no muy limpio, vestido con una camisa de cazador, de flecos, que los observaba con cara de bobo desde debajo de un árbol.

–iJethro! –aulló el hombre, sujetando con fuerza la escopeta que llevaba.

Varios hombres más salieron de entre los arbustos. Uno o dos de ellos vestían los rudimentos de un uniforme, pero la mayoría llevaban ropa sencilla, aunque con el añadido de los extravagantes gorros frigos: prendas de apretada lana que les cubrían cabeza y orejas y que, vistas a través del ojo lloroso de Grey, otorgaban a aquellos hombres el aspecto a todas luces amenazador de bombas andantes.

Las esposas que supuestamente habían tejido aquellas prendas habían añadido también a los laterales lemas como LIBERTAD O INDEPENDENCIA, aunque una mujercita sedienta de sangre había bordado la orden ¡MATA! en el gorro de su esposo. El marido en cuestión, se fijó Grey, era un espécimen enclenque y no muy alto que llevaba unas gafas con un cristal roto.

Fraser se había interrumpido al oír que se acercaban los hombres y, en ese momento, se volvió hacia ellos como un oso acorralado por una jauría. Los perros se detuvieron de golpe, a una distancia prudencial.

Grey se palpó con una mano el hígado, que creía muy posiblemente reventado, y jadeó. Le iba a hacer falta todo el aire que pudiera conseguir.

–¿Quién es usted? –preguntó con agresividad uno de los hombres, al tiempo que pinchaba a Jamie con el extremo de un largo palo.

–Coronel James Fraser, de los fusileros de Morgan –contestó Fraser con frialdad, haciendo caso omiso del palo–. ¿Y usted?

El hombre pareció algo desconcertado, pero disimuló poniéndose bravucón.

–Cabo Jethro Woodbine, de los soldados de Dunning –dijo con voz ronca.

Hizo un gesto con la cabeza dirigido a sus amigos, quienes de inmediato se desplegaron y rodearon el claro.

–¿Quién es su prisionero?

A Grey se le encogió el estómago, lo cual, dadas las condiciones en que tenía el hígado, le dolió. Respondió entre dientes, sin esperar a que Jamie hablara.

–Soy lord John Grey, por si le interesa.

La mente de Grey daba saltos como una pulga, mientras intentaba calcular si tenía más posibilidades de sobrevivir con Jamie Fraser o con aquella banda de patanes. Momentos antes estaba resignado a morir a manos de Jamie pero, como ocurre con la mayoría de las ideas, esa también parecía más interesante en el plano teórico que en el práctico.

Se diría que la revelación de su identidad confundió a los hombres, quienes se observaron de reojo unos a otros e intercambiaron unos cuantos murmullos, al tiempo que le lanzaban miradas recelosas.

–Pues no lleva uniforme ni nada –le comentó uno de los tipos a otro, en voz baja–. No puede ser soldado. Y si no lo es, a nosotros no nos interesa, ¿verdad?

–Sí que nos interesa –afirmó Woodbine, que había recuperado algo de confianza en sí mismo–. Y además, si el coronel Fraser lo ha cogido prisionero, por algo será, ¿no? –añadió alzando la voz y formulando la pregunta a regañadientes.

Jamie no respondió, permanecía con la mirada fija en Grey.

–Es un soldado.

Todas las cabezas se volvieron para ver quién había hablado. Era el hombre bajito de las gafas rotas. Se las había ajustado con una mano para ver mejor a Grey con la lente que aún le quedaba. Le observó con un lloroso ojo azul y luego, ya más convencido, asintió.

–Es un soldado –repitió–. Lo he visto en Filadelfia, sentado en el porche de una casa de Chestnut Street y vestido con uniforme. Era él en carne y hueso. Es un oficial –añadió sin necesidad alguna.

–No es un soldado –dijo Fraser conforme se volvía para observar con una mirada severa al tipo de las gafas.

–Yo lo vi –murmuró el hombre–. Tan claro como el agua. Tenía galones dorados –susurró con voz apenas audible, al tiempo que bajaba la mirada.

–Ya. –Jethro Woodbine se acercó a Grey y lo observó atentamente–. Bien, ¿tiene usted algo que decir, lord Grey?

—Lord John —dijo Grey enfurruñado, mientras se quitaba de la lengua un trozo de hoja aplastada—. Yo no tengo título, el que lo tiene es mi hermano mayor. Grey es el apellido familiar. Y en cuanto a ser soldado, sí, lo he sido. Aún conservo el rango en mi regimiento, pero ya no formo parte del servicio activo. ¿Le basta con eso o quiere saber también qué he desayunado esta mañana?

Les estaba plantando cara a propósito, pues por algún motivo había decidido que prefería marcharse con Woodbine y verse obligado a rendir cuentas ante los continentales, que quedarse allí para tener que rendirlas ante Jamie Fraser. Quien, por cierto, lo observaba en ese momento con los ojos entrecerrados. Grey contuvo el deseo de apartar la mirada.

«Es la verdad —pensó desafiante—. Lo que le he contado a usted es la verdad. Y ahora lo sabe.»

«Sí —respondió la mirada siniestra de Fraser—. ¿Y cree usted que lo voy a aceptar tan tranquilamente?»

—No es un soldado —repitió Fraser, dando la espalda con toda intención a Grey y dirigiendo la atención hacia Woodbine—. Lo he cogido prisionero porque quería interrogarlo.

—¿Sobre qué?

—Eso no es asunto suyo, señor Woodbine —dijo Jamie, cuya profunda voz sonó amable pero afilada como el acero.

Jethro Woodbine, sin embargo, no era ningún estúpido y quería dejar claro ese punto.

—Yo decidiré si es asunto mío o no. Señor —añadió, tras una considerable pausa—. ¿Cómo sabemos que es usted quien dice ser, eh? No lleva usted uniforme. Chicos, ¿alguno de vosotros conoce a este hombre?

Los «chicos» parecieron sorprenderse de que Woodbine se dirigiera a ellos. Intercambiaron miradas extrañadas. Uno o dos negaron con la cabeza.

—Bueno —se envalentonó Woodbine—, pues si no puede usted demostrar quién es, creo que tendremos que llevarnos a este hombre al campamento para interrogarlo. —En su rostro apareció una desagradable sonrisa, se le acababa de ocurrir otra idea—: ¿Cree que deberíamos llevárnoslo a usted también?

Fraser permaneció inmóvil durante un segundo. Respiró despacio y contempló a Woodbine como un tigre contemplaría a un erizo: sí, podía devorarlo, pero ¿valía la pena tomarse la molestia de tener que masticarlo?

—Pues llévenselo —dijo bruscamente, al tiempo que se apartaba de Grey—. Yo tengo otras cosas que hacer.

Woodbine esperaba oposición. Parpadeó desconcertado, y empezó a levantar su palo, pero no dijo nada cuando Fraser comenzó a alejarse hacia los límites del claro. Cuando ya estaba bajo los árboles, Fraser se volvió hacia Grey y le dedicó una mirada tan directa como siniestra.

–Usted y yo no hemos terminado, señor –dijo.

Grey se irguió, ignorando el dolor en el hígado y las lágrimas que le brotaban del ojo dolorido.

–A sus órdenes, señor –le espetó.

Fraser lo fulminó con la mirada y luego se adentró entre las temblorosas sombras verdes, ignorando por completo a Woodbine y a sus hombres. Un par de ellos observaron al cabo, en cuyo rostro se adivinaba la indecisión. Grey no compartía ese sentimiento. Cuando la alta silueta de Fraser estaba a punto de desaparecer de una vez por todas, hizo bocina con ambas manos y aulló:

–¡Y no me arrepiento para nada, que lo sepa!

5

LAS PASIONES DE LOS JÓVENES

Aunque encantada de oír hablar de William y de las dramáticas circunstancias en las que este acababa de descubrir quién era su padre, en realidad a Jenny le preocupaba más otro joven.

–¿Sabes dónde está el joven Ian? –preguntó con entusiasmo–. ¿Y encontró finalmente a su amiga, aquella cuáquera de la que le había hablado a su padre?

Me relajé un poco al escuchar aquellas preguntas. El joven Ian y Rachel Hunter no figuraban, gracias a Dios, en la lista de situaciones tensas. De momento, al menos.

–La encontró –dije, sonriendo–. Y respecto a dónde está... Hace varios días que no lo veo, pero en ocasiones pasa fuera más tiempo. A veces hace de explorador para el ejército continental, aunque como llevan tanto en el cuartel de invierno de Valley Forge, ya no es tan necesario reconocer el terreno. Pero pasa bastante tiempo allí, porque Rachel también lo hace.

Jenny parpadeó.

–¿Ah, sí? ¿Por qué? Creía que a los cuáqueros no les gustaban las guerras y todo eso.

–Bueno, más o menos. Pero su hermano, Denzell, es médico cirujano militar... Bueno, es médico de verdad, no como esos veterinarios y curanderos que suele contratar el ejército... Y lleva desde noviembre en Valley Forge. Rachel va y viene de Filadelfia, pues tiene permiso para cruzar las empalizadas y regresar al campamento con comida y suministros. Pero

también trabaja con Denny, así que pasa más tiempo allí, ayudando con los pacientes, que aquí.

—Háblame de ella —dijo Jenny, al tiempo que se inclinaba deliberadamente hacia delante—. ¿Es buena chica? ¿Y crees que quiere de verdad al joven Ian? Por lo que Ian me contó, está locamente enamorado de ella, pero aún no se lo había dicho porque no sabía muy bien cómo se lo iba a tomar ella. Vamos, que no estaba seguro de que ella pudiera aceptar que él sea... lo que es. —Aludió, con un gesto rápido, a la historia y la personalidad del joven Ian, que había llegado desde las Tierras Altas y había acabado convirtiéndose en guerrero mohicano—. Sabe Dios que jamás será un cuáquero decente... y espero que el joven Ian también lo sepa.

Me eché a reír al pensarlo, aunque en realidad era un tema serio. No sabía muy bien qué opinaría una reunión cuáquera de una pareja así, pero imaginé que contemplarían esa idea con cierta inquietud. Y tampoco sabía nada acerca del matrimonio cuáquero.

—Es una buena chica —tranqualicé a Jenny—. Muy sensata, muy competente... y está enamorada de Ian, eso es obvio, aunque tampoco creo que se lo haya dicho.

—Ah. ¿Conoces a sus padres?

—No, murieron los dos cuando ella era una niña. Se crio básicamente con una viuda cuáquera y luego, cuando tenía dieciséis años o así, se fue con su hermano para ayudarlo con los quehaceres de la casa.

—¿Están hablando de la muchacha cuáquera?

La señora Figg acababa de entrar con un jarrón repleto de rosas de verano, que olían a mirra y azúcar. Jenny inspiró hondo el perfume y se sentó erguida.

—Mercy Woodcock habla maravillas de ella —prosiguió la señora Figg—. Va a casa de Mercy cuando viene a la ciudad, para visitar a ese joven.

—¿A qué joven? —preguntó Jenny, frunciendo sus oscuras cejas.

—Henry, el primo de William —me apresuré a aclarar—. Denzell y yo le practicamos una complicada operación este invierno. Rachel conoce a William y a Henry y es muy amable al visitar a Henry para ver cómo está. La señora Woodcock es la casera de Henry.

Recordé justo entonces que ese día tenía pensado ir a ver a Henry. Corrían rumores de que los británicos se retiraban de la ciudad y quería comprobar si Henry estaba lo bastante recuperado como para viajar. Se encontraba considerablemente mejor cuando fui a verlo la semana anterior, pero solo podía dar unos cuantos pasos, y apoyándose en el brazo de Mercy Woodcock.

«¿Y qué pasa con Mercy Woodcock?», me pregunté, al tiempo que se me formaba un pequeño nudo en la boca del estómago. Para mí, lo mismo que para John, era evidente que estaba surgiendo un afecto cada vez más

profundo entre la negra liberta y su joven y aristocrático inquilino. Yo había conocido al esposo de Mercy un año antes, durante el éxodo del fuerte Ticonderoga, cuando estaba muy malherido. Y, puesto que no había tenido más noticias, ni a través de él ni a través de terceros, creía muy probable que hubiera muerto después de que los británicos lo hiciesen prisionero.

Aun así, la posibilidad de que Walter Woodcock regresara milagrosamente de entre los muertos –a veces ocurría, al fin y al cabo; solo de pensarlo, noté un cosquilleo en el pecho– era lo de menos. No creía que el hermano de John, el estricto duque de Pardloe, se alegrara al saber que el menor de sus hijos planeaba casarse con la viuda de un carpintero, fuera del color que fuese.

Y, volviendo al tema de los cuáqueros, estaba la hija del duque, Dottie, que se había prometido a Denzell Hunter. Me pregunté qué pensaría el duque al respecto. John, que nunca le hacía ascos a una apuesta, me había dicho que el padre de Dottie tenía todas las de perder.

Sacudí la cabeza, tratando de alejar todas las cuestiones respecto a las que nada podía hacer. Durante ese breve ensueño mío, Jenny y la señora Figg se habían dedicado a hablar de William y de su brusca salida de escena.

–¿Adónde habrá ido, me pregunto? –dijo la señora Figg mientras contemplaba con gesto preocupado la pared de la escalera, salpicada de las marcas que había dejado el puño ensangrentado de William.

–En busca de una botella, de una pelea o de una mujer –dijo Jenny, con la autoridad de una esposa, hermana y madre de varones–. O tal vez de las tres cosas.

Elfreth's Alley

Era más de mediodía y las únicas voces que se oían en la casa eran las de mujeres que parlotaban a lo lejos. Al pasar por el salón no vieron a nadie, ni tampoco apareció nadie mientras la joven subía la gastada escalera con William y lo llevaba a su cuarto. William tuvo una extraña sensación, como si fuera invisible. Encontró esa idea reconfortante; no se soportaba a sí mismo.

La joven entró antes que él y abrió los postigos. William quiso decirle que los cerrara, pues se sentía horriblemente expuesto bajo los rayos del sol. Pero era verano; en la habitación hacía calor y el aire estaba viciado, hasta el punto de que William ya estaba sudando a mares. El aire entró con ímpetu, perfumado de savia de árbol y lluvia reciente, y el sol iluminó durante un instante la coronilla de la muchacha, otorgándole el brillo de una castaña joven. Ella se volvió y le sonrió.

–Lo primero es lo primero –anunció enérgica–. Quítate el abrigo y el chaleco antes de que te asfixies.

Como si no tuviera el menor interés en comprobar si el joven seguía sus indicaciones o no, se dio la vuelta para coger la palangana y el aguamanil. Llenó la palangana y retrocedió un paso, mientras le indicaba por señas que se acercara al lavabo, sobre cuya ajada madera aguardaban una toalla y una pastilla de jabón bastante consumida por el uso.

—Voy a buscar algo de beber, ¿te parece?

Y, tras esas palabras, desapareció. Los pasos de sus pies descalzos resonaron escaleras abajo.

William empezó a desnudarse con gestos mecánicos. Parpadeó torpemente al contemplar la palangana, pero luego recordó que en las mejores casas de ese estilo a veces se pedía a los hombres que se lavaran primero sus partes. Ya se había topado antes con esa costumbre, aunque en aquella ocasión la encargada de practicar las abluciones había sido la ramera..., quien por cierto había utilizado el jabón con tanto arte que el primer encuentro había terminado allí mismo, en el lavabo.

El recuerdo le encendió la sangre y se abrió bruscamente la bragueta, uno de cuyos botones salió disparado. Aún le palpitaba todo el cuerpo, pero la sensación se iba concentrando cada vez más en un único punto.

Las manos le temblaban y se maldijo entre dientes. Los nudillos despeleados le recordaron la abrupta forma en que se había marchado de casa de su padre. No, no de la casa de su maldito padre. De la casa de lord John.

—¡Maldito desgraciado! —murmuró entre dientes—. ¡Tú lo sabías, lo has sabido siempre!

Eso lo enfureció aún más que la terrible revelación acerca de la identidad de su verdadero padre. Su padre adoptivo, a quien adoraba, en quien había confiado más que en ninguna otra persona del mundo —el maldito lord John Grey— le había mentido durante toda su vida.

Todo el mundo le había mentido.

Todo el mundo.

De repente, se sintió como si bajo sus pies acabara de quebrarse una capa de nieve helada y se hubiera precipitado al río que se ocultaba debajo. Como si se hubiera sumergido en una oscuridad asfixiante bajo el hielo, un lugar inalcanzable, silencioso, en el que un miedo cerval le atenazaba el corazón.

Oyó un ruido leve a su espalda y se volvió instintivamente. Solo al ver la expresión de asombro en el rostro de la joven se dio cuenta de que estaba llorando como un crío, de que las lágrimas le rodaban mejillas abajo y de que la polla le asomaba, medio erecta y mojada, fuera de los calzones.

—Vete —graznó, mientras intentaba volver a guardarse sus partes.

Pero la joven no se marchó, sino que se acercó a él, con una licorera en una mano y un par de tazas de peltre en la otra.

—¿Estás bien? —le preguntó, observándolo de reojo—. Ven, déjame que te sirva una copa. Puedes contármelo.